

## Sentido Pascual de la Liberación Cristiana

(Según la Instrucción sobre Libertad Cristiana y Liberación  
de la Congregación para la Doctrina de la Fe)

**P. Darío Múnera Vélez**  
Experto de "Justitia et Pax"

### 1. Misterio Pascual de Cristo

Se me ha ocurrido una pregunta, ¿cómo hacer de la aspiración a la liberación la mejor expresión concreta y experiencia vivida del alcance ético-social y salvífico del misterio pascual? En el n. 51 de la Instrucción dice: "Pero es, ante todo, por la fuerza de su Misterio Pascual que Cristo nos ha liberado. Mediante su obediencia perfecta en la cruz y mediante la gloria de su resurrección, el Cordero de Dios ha quitado el pecado del mundo y nos ha abierto la vía de la liberación definitiva".

Sabemos que el Exodo de Egipto tiene un significado religioso y político; sabemos también que esta acción liberadora de Yavé en el Antiguo Testamento, sirve de modelo y punto de referencia a todas las otras. "Si Dios saca a su pueblo de una dura esclavitud económica, política y cultural, es con miras a hacer de él, mediante la Alianza en el Sinaí, 'un reino de sacerdotes y una nación santa'" (Instrucción, n. 44).

Por su parte, aunque los Profetas "denuncian con vigor las injusticias contra los pobres", "no cesan de recordar a Israel las exigencias de la Ley de la Alianza". Y ya en el umbral del Nuevo Testamento es María, la Virgen humilde, quien alaba al Señor que se prepara a liberar a su "pueblo humilde y pobre".

Así, "el Exodo, la Alianza, la Ley, la voz de los Profetas y la espiritualidad de los 'pobres de Yavé' alcanzan su pleno significado solamente en Cristo", a la luz y por la fuerza de su Misterio Pascual (Instrucción, n. 49).

Me propongo, entonces, hacer una reflexión corta sobre el sentido pascual de la liberación, aspiración de "los pobres de Yavé", de los pobres del Pueblo de Dios y, en general, de los pobres del Tercer Mundo y particularmente de América Latina, el Continente que vió nacer hacia los años sesenta el movimiento de la liberación con hondo sentido social y político.

## 2. Pascua, Fiesta Hebrea y Cristiana

¿En qué sentido la Pascua es liberación cristiana y, a la vez, cómo esta liberación prolonga la Pascua? Ayuda mucho a la comprensión de la pregunta el dato cultural e histórico. La Pascua es la fiesta hebrea, cuyo rito consiste en un banquete en el que se come un cordero, rito que se cumple de pies y en actitud de viaje (Ex 12, 1-28). Independientemente de las descripciones de la fiesta, con un gran número de variantes que muestran un origen y un desarrollo complejos, es importante el sentido histórico que fue tomando como celebración del éxodo de la esclavitud de Egipto. Con este revivir el éxodo o paso se fue formando la gran fiesta nacional de Israel como pueblo de Yavé.

La Pascua es también fiesta cristiana. Según el Evangelio la Cena que Jesús celebró con sus discípulos la noche anterior a su muerte fue una Cena Pascual, signo de la liberación en la Sangre de Cristo, el Cordero, y constituye el memorial de la nueva pascua. El título de "cordero" se atribuye a Cristo (Jn 1,29 y 19,36) con alusión al cordero pascual. De ahí la relación tipológica entre la Cena pascual y la Eucaristía sugerida por Lucas (22,16).

## 3. Eucaristía, Celebración de la Pascua

La Iglesia es heredera de la Pascua y del Misterio pascual. Las prerrogativas de la Pascua como centro de toda la historia de la salvación, fundamento de toda la legislación moral y social y centro de toda la vida litúrgica del pueblo de Dios, pasarán a través de Cristo a la pascua del nuevo pueblo de Dios. Así, la categoría pascual se vuelve esquema interpretativo de la intervención salvífica de Dios, realizada en la plenitud de los tiempos en la persona de Jesús de Nazaret, quien a su vez la confió a la Iglesia para que la perpetuase a través de los siglos y de generación en generación.

La celebración del Misterio Pascual, la obra de la redención y santificación cumplida por Dios en Jesucristo, debe ser continuamente actualizado en su perenne condición de salvación. Esto se da en la Eucaristía, esencialmente un memorial de la Pascua (Lc 22,19; 1 Co 11,24-25). En el cristianismo primitivo o de los orígenes se celebraba la cena "partiendo el pan en las casas" y en éstas se anunciaba el alegre mensaje de la salvación pascual. Y ahora, el Concilio Vaticano II explica que las Iglesias locales, aunque pequeñas, pobres y dispersas, donde se celebra la Eucaristía, son como una concentración y una epifanía de la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica (*Lumen Gentium* 23). Es la celebración de toda la Iglesia, la cual es Sacramento de unidad, es decir, pueblo santo reunido y dirigido bajo la guía de los Obispos. Así, la Eucaristía por su fuerza y significación pascual, y en cuanto centro de toda la vida de la

Iglesia local y universal, congrega todo el Pueblo de Dios en torno al sacerdote que preside la celebración del memorial de la pascua.

#### 4. Se Prolonga en la Existencia Cristiana

Pero la celebración de la Pascua o Misterio Pascual no termina en la Eucaristía celebrada por la comunidad pequeña o grande y vinculada a un lugar, sino que se prolonga en la existencia cristiana. Dios, al crear libre al hombre, ha impreso en él su imagen y semejanza (Gn 1,26). Esta prerrogativa constitutiva del hombre indica que su ser naturalmente mortal no está del todo impreparado para el don de la vida, de la inmortalidad y, por lo tanto, para la liberación definitiva. Cualquiera sea la amplitud del concepto "imagen", el hecho es que en la tradición bíblica ésta aparece como una condición del hombre que lo hace cercano a Dios; es un atributo que Dios ha concedido al hombre para acercarlo a El. Dios viene al encuentro del hombre. En plena armonía con este primer atributo, el Salmo (8,6) presenta un segundo atributo constitutivo: el hombre coronado por Dios "de gloria y dignidad". Se trata de la fuerza y de la majestad que se manifiestan en el dominio del mundo, derivadas de la cercanía del hombre con la divinidad.

Esta primera reflexión antropológica que aparece en la Biblia, muestra que el elemento determinante del concepto hombre en el Antiguo Testamento no es el dualismo antropológico "cuerpo-alma" (como en la filosofía griega) ni el dualismo metafísico "espíritu-materia" (como en los sistemas gnósticos), sino la relación creatural con Dios. Esta cualificación esencial del hombre ante Dios se prolonga en la existencia cristiana en la relación con la creación, relación de dominio inteligente y libre. El hombre, como imagen de Dios, recibe el poder sobre la creación, dominio que irá realizando poco a poco. He aquí entonces, la grandeza fundamental del hombre: ser persona capaz de recibir las atenciones de Dios. Y es capaz de ello, porque está llamado a la libertad. En cada persona está viva la voluntad de ser libre. "Y, a pesar de ello esta voluntad desemboca casi siempre en la esclavitud y opresión. Todo compromiso en favor de la liberación y de la libertad supone, por consiguiente, que se afronte esta dramática paradoja" de la existencia humana (Instrucción... , n. 37). La vocación del hombre a la libertad vive y sufre el drama del pecado.

La vocación del hombre a la libertad es un constitutivo de la existencia humana y cristiana. La lucha por conquistar esta libertad se encuentra con la resistencia del pecado, fuente de división y opresión. Pero el ejercicio de esta libertad supone condiciones económicas, sociales, culturales y políticas. Por ello, el drama del pecado que hace de resistencia se da no sólo en la persona, sino también en las instituciones de la vida social y en las estructuras y sistemas de la sociedad. "Solamente un proceso acabado de liberación puede crear condiciones mejores para el ejercicio

efectivo de la libertad" (Instrucción... n. 31). En tal caso se trata de una liberación de toda forma de pecado, ya del personal ya del social y estructural, sin olvidar que detrás de cada uno está siempre la responsabilidad individual o colectiva del hombre.

El Nuevo Testamento funda la vocación cristiana en el acontecimiento pascual, celebrado en la liturgia sacramental y prolongado en la existencia en la liturgia de la vida, la cual no es otra que la permanente experiencia viva de la relación creatural del hombre con Dios, la experiencia de Dios que viene al encuentro del hombre ofreciéndole salvación y liberación de toda opresión, y experiencia cotidiana de las exigencias éticas y sociales del mensaje evangélico, contenidas en el Mandamiento Supremo del Amor y en la Justicia. Por ello, toda la moral personal y social y la espiritualidad cristiana resulta fundada en el misterio pascual. Esto significa que en la vida cotidiana hay que realizar la muerte y la resurrección de Cristo, si se quiere ejercer la libertad y la liberación.

¿Cómo se proyecta en la vida y cómo se realiza en ella esta muerte y resurrección? Renunciando cada día al pecado para vivir la novedad y la libertad (cfr. Ro 6,3-11); haciendo morir en sí mismos cuanto pertenece al mundo encerrado del egoísmo y del pasado marcado por el pecado, y buscando los bienes de arriba (cfr. Col 3,1-9); renovándose continuamente en la justicia, en el amor, en la santidad; revistiéndose de los mismos sentimientos del hombre nuevo, Cristo (cfr. Ef 4,24; Col 3,10-12); guardando y vigilando celosamente la libertad que nos ha hecho libres (cfr. Ga 5,1).

Así, la vida cristiana está marcada por el *ya* y el *aún no* que caracteriza al acontecimiento de la salvación pascual y su doble celebración: en la liturgia sacramental y en la vida cotidiana. Por ello, se puede definir como una liturgia pascual celebrada en la existencia, en la vida, tomando conciencia de los signos del paso liberador de Dios, alabando las obras maravillosas de Aquel que nos ha llamado de las tinieblas a su luz (1 Pe 2,9). En efecto, la existencia cristiana realiza en la vida el misterio pascual de la muerte y resurrección de Cristo celebrado en la liturgia de los sacramentos, en el hacer pasar por la vida lo que se ha recibido por la fe, porque no puede haber divorcio entre la una y la otra, en la espera de la plena liberación que sólo Jesucristo, el Salvador, puede dar.

##### 5. Por los Caminos de la Liberación

La *Instrucción*, afirmando que no existe oposición entre el amor al prójimo, la justicia y la misericordia que la completa para evitar la venganza, sostiene que: "las desigualdades inicuas y las opresiones de todo tipo que afectan hoy a millones de hombres y mujeres están en abierta contradicción con el Evangelio de Cristo y no pueden dejar tranquila la conciencia de ningún cristiano. La Iglesia, dócil al Espíritu, avanza con fidelidad por los caminos de la liberación auténtica. Sus miembros son conscientes de sus flaquezas y de sus retrasos en esta búsqueda" (n. 57).

Este avanzar de la Iglesia por los caminos de la liberación cristiana en el amor-justicia-misericordia, es llevar a la vida las exigencias del mensaje evangélico, cuyo núcleo es precisamente la buena nueva de la libertad y de la liberación (cfr. Instrucción, n. 2). La vida de la Iglesia es especialmente rica y abundante en reflexión teológica, pastoral y espiritual, en decisiones pastorales y en praxis cristiana. Son precisamente las palabras de Jesús las que deben iluminar y guiar todo el quehacer de la Iglesia: "La verdad os hará libres" (Jn 8,32). Se trata de la verdad que viene de Dios, no de la verdad fabricada por los hombres para lograr determinados fines como se da, por ejemplo, en los sistemas socio-políticos y económicos, ni de la verdad científica o supuestamente científica incapaz de trascender los límites de las realidades terrenas.

De esta verdad que viene de Dios, cuyo centro es Jesucristo, Salvador del mundo, la Iglesia recibe lo que ella ofrece a los hombres. Así, la *Instrucción* afirma: "La verdad, empezando por la verdad sobre la redención, que es el centro del misterio de la fe, constituye así la raíz y la norma de la libertad, el fundamento y la medida de toda acción liberadora" (n. 3). En efecto, el Misterio Pascual, la cruz y la resurrección de Cristo, ha realizado la liberación en su sentido más profundo, es decir, liberación del mal más radical, del pecado personal con sus efectos sociales y del poder de la muerte.

#### 6. Diversos Conceptos de Verdad

Es útil recordar que existen diversos conceptos de verdad en el pensamiento moderno: la corriente existencialista, la cual tiene mucho de verdad porque representa para cada uno una invitación a la autenticidad en sus convicciones y un compromiso sincero con ellas. El peligro está en que puede degenerar fácilmente en un subjetivismo. Este tipo de verdad deriva de S. Kierkegaard; otra corriente es la pragmática, la cual sigue a Nietzsche y a William James. Se atribuye un primado absoluto al querer sobre el conocer, al hacer sobre el ser, al desarrollo de la vida sobre la contemplación de la verdad. Por encima "La voluntad del poder", título de una obra de Nietzsche. La norma fundamental de lo verdadero es la eficacia para el progreso humano. Habría que observar que esta filosofía del progreso humano está próxima a las teorías del marxismo.

Un influjo de estas concepciones pragmáticas se advierte también en algunas orientaciones recientes de la teología, según las cuales la verdad tiene que ser verificada por la práctica o praxis. Así decía hace algunos años el P. Schillebeeckx que se pone más el acento sobre el actuar, sobre el hacer; mucho más sobre la ortopraxis que sobre la ortodoxia. Este sensible giro que se ha producido en la existencia cristiana explica la aparición de las llamadas "teología de la esperanza", "teología política", "teología de la revolución", y más recientemente en América Latina "teología de la liberación".

Una tercera corriente es la tendencia hacia un cierto positivismo. El espíritu científico y la mentalidad tecnológica de nuestro tiempo han traído como consecuencia la inminente tentación de relacionar muy estrechamente verdad y verificación: es verdadero sólo lo que se puede verificar; los únicos criterios de la verdad son las ciencias positivas. Por fortuna, es verdad que actualmente los auténticos científicos ya no caen en la tentación, como en los tiempos del cientismo, de dar un valor absoluto a sus propias afirmaciones; hoy están demasiado convencidos de la provisoriedad y de la relatividad del razonamiento científico. El peligro de esta orientación está en que supone la renuncia a los valores superiores de orden moral, metafísico y religioso. (cfr. Ignacio de la Potterie, *La Verdad de Jesús*. Estudios de cristología joánica, BAC, Madrid 1979, pp. 4-11).

### 7. Sentido Liberador de la Verdad Cristiana

Las diversas corrientes sobre la verdad así como la concepción clásica de la verdad, heredada de la Grecia antigua, ayudan a una mejor comprensión del significado de la verdad propiamente cristiana, al confrontarla con la verdad profana. En efecto, la verdad cristiana no es idéntica a la verdad de los griegos, reconociendo que el pensamiento cristiano se ha expresado durante muchos siglos en las categorías de la filosofía griega. Ni es tampoco idéntica a las corrientes modernas.

El Vaticano II en la *Dei Verbum* (n. 24) enseña que la teología se basa en la Sagrada Escritura como en un fundamento perenne, siendo ésta el alma de la teología. Pero se constata que la verdad cristiana no se ha mantenido siempre en toda su pureza en la historia de la teología, especialmente en la teología contemporánea, y de modo particular en algunas expresiones de la teología de la liberación, sobre las cuales llamó la atención la primera Instrucción de la Congregación *Libertatis Nuntius* "sobre algunos aspectos de la teología de la liberación" del 4 de septiembre de 1984.

Existe un concepto de verdad específicamente cristiano, que proviene de la Sagrada Escritura y se repite en todos los períodos de la tradición, especialmente en los documentos del Magisterio y en los textos litúrgicos. A esta verdad no puede renunciar la Iglesia ni la teología católica. El abandono de esta verdad es fuente de errores y de riesgos en la teología y en la pastoral de la Iglesia. Esta verdad cristiana, que proviene de Dios, se aclara plenamente en el Misterio Pascual de la muerte y de la resurrección de Cristo. Sólo desde esta verdad, la liberación recibe toda su significación pascual.

En el Nuevo Testamento son las cartas de San Pablo y de San Juan, y el cuarto evangelio los textos en que más frecuentemente se habla de la verdad. Para Pablo, la verdad se identifica con el mensaje del Evangelio (Gá 2,5.14); y en el centro de su mensaje está la persona de Cristo: "la verdad está en Jesús" (Ef 4,21). Pero es San Juan quien más ha profun-

dizado el tema de la verdad y que ha hecho resaltar más intensamente su relación con el misterio de Cristo. Para Juan, Jesús es, ante todo, el Revelador del Padre. El texto fundamental se encuentra en los discursos de Jesús en la última cena: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida" (Jn 14,6). Se denomina la verdad, en cuanto él es la plenitud de la revelación para nosotros. Profundizar así la verdad cristiana significa profundizar el misterio de Cristo, en cuya comunión y participación reside todo el sentido de la vida cristiana y de la praxis de la liberación.

### 8. Vivir en la Verdad es Liberación

La vida de los verdaderos discípulos de Cristo es una vida en la verdad, una vida a la luz de Cristo. Esta vida es entonces el principio fundamental de la moral cristiana, de la transformación y de la renovación del hombre y de la sociedad junto con sus estructuras. Para ello, el Paráclito o Espíritu de la verdad es enviado para hacer penetrar y asimilar la verdad de Jesús. "El Espíritu Santo, que el Padre os enviará en mi nombre, os enseñará y os hará recordar todo aquello que yo os he dicho" (Jn 14,26); "El Espíritu de la verdad os conducirá hasta toda la verdad" (Jn 16,13).

Esta vida en la verdad es una liberación del hombre. Por eso, escribe De La Potterie (op. cit. p. 15), "Juan ha escrito esa fórmula estupenda, profunda y misteriosa que ha fascinado tanto al pensamiento occidental: *Veritas liberabit vos*: 'La verdad os hará libres' (8,32). El poder liberador de la verdad vale en todos los campos". Es obvio que Juan habla de la verdad religiosa, de la verdad cristiana; pero su aplicación es válida en la ciencia, en el arte, en la literatura, en la filosofía, en la metafísica. Cuando la verdad de Cristo, de su Misterio Pascual, vive en el corazón de un hombre, lo libera del pecado, difunde en él la serenidad, la paz no como tranquilidad psicológica sino como plenitud de vida y salvación, la alegría, la luz interior.

La verdad marca la vida interior del cristiano, su santificación personal, sus relaciones con Dios; pero también produce frutos en el plano horizontal y comunitario de las relaciones entre los hombres. Son frutos de amor, de caridad, que Juan describe con la expresión bíblica "caminar en la verdad" (2 Jn 4; 3 Jn 3,4), la cual significa concretamente vivir en la caridad cristiana. Y ésta está siempre iluminada por la verdad de Cristo, lo que asegura no caer en simple horizontalismo, o en puro humanismo, o en simple ayuda a los necesitados como se piensa en nuestro mundo secularizado. El amor cristiano es "amar en la verdad" (2 Jn 1; 3 Jn 1) porque está radicado en la verdad de Cristo, mientras que el amor profano tiene otro punto de referencia. Liberación con otro punto de referencia distinto de la verdad de Cristo, deja de ser liberación cristiana para convertirse en liberación profana.

Así la verdad cristiana no es, en efecto, un sistema teórico, doctrinal y abstracto, sino la revelación personal de Dios a los hombres, que se ha realizado en la historia de la salvación "con hechos y palabras íntimamente ligados" (constitución Conciliar Dei Verbum n. 2); y esta revelación culmina en la obra y en la persona de Jesucristo, en quien se encuentra la plenitud de la verdad.

### 9. Equilibrio entre la Ortodoxia y la Ortopraxis

En algunas formas de teología de la liberación se observa que se carga el acento sobre la ortopraxis más que sobre la ortodoxia, haciendo de la misma praxis el criterio de la verdad, dando primacía a la praxis sobre la verdad. En palabras de I. de la Potterie "Decir que la ortopraxis es más importante que la ortodoxia es excesivo" (op. cit. p. 18). La verdad cristiana de la Revelación es camino seguro para reencontrar de forma equilibrada el dinamismo de la fe, su orientación hacia el futuro como valor escatológico, su conexión con el actuar del hombre en la historia en el doble sentido de lo personal y de lo socio-político.

Modernamente se insiste, tal vez demasiado, en el hacer, en el actuar. Esta tendencia es correcta si corresponde a la vida cristiana que se desarrolla "con obras y en la verdad" (1 Jn 3,18). Estas son las obras de la luz, de la justicia, del amor. Por ello, la vida cristiana es un camino, un progreso, una liberación; pero es un "caminar en la verdad", en la luz del misterio total de Cristo, el misterio pascual de la Cruz y de la Resurrección. "Caminar en la verdad" es caminar en la justicia, en el amor, en la paz y en el gozo del Espíritu Santo. Este es el Reino de Dios: reino de justicia, de paz y de gozo en el Espíritu Santo.

La verdad que nos hace libres requiere del cristiano, en efecto, un sano equilibrio entre la ortodoxia o fidelidad a la enseñanza recibida y la ortopraxis o actuar en la justicia y en el amor para la edificación del Reino de Dios. La fe cristiana, iluminada siempre por el Misterio Pascual, posee todos los recursos espirituales y humanos, religiosos y éticos, y aún psicológicos, para tomar en serio la historia, al hombre en la gran variedad de culturas y situaciones, y particularmente al pobre y oprimido que aspira a la liberación.

### 10. La fe de los Pobres en la Liberación

¿Cuál es el núcleo central de la verdad cristiana y, por tanto, pascual sobre la liberación, que se encuentra en la Instrucción *Libertatis Conscientia*? Sin duda alguna, muchos de los párrafos del documento responden a esta pregunta. Pero tomemos solamente algunos, suficientes para señalar la fuerza pascual de la liberación cristiana.

La Instrucción pone al descubierto la claridad y la profunda conciencia que los "pequeños" y los "pobres" del Evangelio tienen del mis-

terio de la redención. Esta es una cierta novedad en el documento, el cual es un verdadero canto a la fe de los pobres. Estos saben que la libertad es ser amados por Dios, y que el enemigo supremo de la libertad es la rebelión contra Dios, el pecado. "Esta realidad de las profundidades de la libertad, la Iglesia la ha experimentado siempre en la vida de una multitud de fieles, especialmente en los pequeños y los pobres. Por la fe éstos saben que son el objeto del amor infinito de Dios... Tal es su dignidad que ninguno de los poderosos puede arrebatársela; tal es la alegría liberadora presente en ellos... Esta participación en el conocimiento de Dios es su emancipación ante las pretensiones de dominio por parte de los detentores del saber... Se sienten amados por Dios como todos los demás y más que todos los otros. Viven así en la libertad que brota de la verdad y del amor" (Instrucción, n. 21).

El Pueblo de Dios, especialmente los pobres nutren su experiencia de fe "en su devoción llena de esperanza en la cruz de Jesús, percibe la fuerza que contiene el misterio de Cristo Redentor... Son los pobres, objeto de la predilección divina, quienes comprenden mejor y como por instinto que la liberación más radical, que es la liberación del pecado y de la muerte, se ha cumplido por medio de la muerte y resurrección de Cristo" (n. 22). El ethos cultural de los pobres, donde alimentan esta devoción y donde buscan su liberación, es la religiosidad popular que, en vez de suprimir o menospreciar como quieren y lo intentan algunos dentro y fuera de la Iglesia, también entre quienes se auto proclaman abanderados de la liberación, hay que "purificar y profundizar toda su significación y todas sus implicaciones" (n. 22). En efecto, la plenitud de la libertad, la posibilidad de un proceso de liberación total, suponen el reconocimiento de esta liberación radical del mal que sólo el misterio pascual de Cristo puede dar. Por lo tanto, la liberación en su significado primero y fundamental es soteriológica: es el don del Redentor que libera al hombre de la esclavitud radical del mal y del pecado (n. 23).

#### 11. Valores de la Praxis Cristiana

Sin embargo, la liberación temporal, punto álgido y de grandes tensiones en el movimiento de liberación, es una implicación de la liberación soteriológica, pues la prolonga en la tarea liberadora, en una exigencia ética: "la praxis cristiana, que es el cumplimiento del gran mandamiento del amor" (n. 71) y justicia. El amor es la exigencia ética por excelencia del Evangelio. Es este amor el que está en el origen de la Enseñanza o Doctrina Social de la Iglesia, presentada en la Instrucción, y con toda razón, como "praxis cristiana de la liberación" (cfr. cap. V).

Este "amor que guía el compromiso debe, ya desde ahora, generar nuevas solidaridades". Así, reencontrada su plena identidad, el cristiano debe dejarse guiar e iluminar por esta Enseñanza Social de la Iglesia para actuar con "amor en la verdad" en los diversos niveles de la sociedad,

trabajando por su transformación según la justicia social. Esta transformación es el paso de condiciones de vida "menos humanas" a condiciones "más humanas" (*Populorum Progressio*, n. 21). Este paso en la sociedad es un signo de liberación cristiana, es un efecto y prolongación ética del Misterio Pascual de la Cruz y la Resurrección. "El cristiano está llamado a actuar según la verdad y a trabajar así en la instauración de esta 'civilización del amor', de la que habló Pablo VI" (n. 99), la cual es también civilización de la justicia social y de la paz, pues las tres se implican esencialmente entre sí, como también con la verdad y la libertad. Son éstos los cinco valores que garantizan la construcción de una sociedad digna de los hombres, donde los derechos humanos puedan verse satisfechos (cfr. "Pacem in Terris", n. 16).

La experiencia de fe del pueblo como historia de liberación culmina en Cristo, en su Pascua, y continúa en la experiencia de la Iglesia. La Doctrina Social es parte importante de esta experiencia. Dice la Instrucción: "La enseñanza social de la Iglesia nació del encuentro del mensaje evangélico y de sus exigencias —comprendidas en el Mandamiento supremo del amor a Dios y al prójimo y en la justicia— con los problemas que surgen en la vida de la sociedad" (n. 72).

Pero, esta praxis cristiana de la liberación se vuelve "experiencia" porque "las promesas divinas de liberación y su victorioso cumplimiento en la muerte y en la resurrección de Cristo, son el fundamento de la 'gozosa esperanza' de la que la comunidad cristiana saca su fuerza para actuar resuelta y eficazmente al servicio del amor, de la justicia y de la paz" (n. 43).

Entre los eventos de la experiencia cristiana hay uno que emerge en la vida cotidiana y se coloca en la perspectiva de la liberación verdadera y cristiana: es el encuentro humano con Cristo Camino, Verdad y Vida. Delante de él, el corazón del hombre percibe que su rescate y su liberación están cerca. Es este encuentro con la verdad, la verdad que viene de Dios a través del misterio de Jesucristo, el que hace posible la liberación del hombre; es una verdad que viene al encuentro del hombre para liberarlo de todo cuanto es ilusorio, pernicioso y parcial. En una palabra, para liberarlo del drama del pecado. Tal encuentro es una verdadera historia de liberación y de reconciliación que culmina en Cristo y continúa en la experiencia viva de la Iglesia.

Esta praxis cristiana de la liberación es entonces una consecuencia de la dimensión soteriológica de la liberación, la cual no puede ser reducida a la sola dimensión ético-social. En la medida en que la praxis cristiana sea la concreta aplicación del Mandamiento supremo del amor y de la justicia, se puede decir también que es el misterio pascual que se hace vida en la existencia cotidiana en el servicio a la justicia y, por tanto, en el amor al otro, particularmente al pobre en el sentido del "amor de preferencia por los pobres" (n. 68), siguiendo la identificación de Jesús-Salvador con "los más pequeños entre los hermanos" (Mt 25,40.45).

Así, la Iglesia no sólo en América Latina, sino toda la Iglesia, purificada por la Verdad de Dios mismo que es Cristo-Salvador, muerto y resucitado, es estimulada a continuar en su tarea específica de liberación de los pobres, según el criterio que brota al mismo tiempo de la unidad y de la distinción entre evangelización y promoción humana de la justicia (n. 65). Así la Iglesia es fiel a su misión de promover al hombre en su múltiple relación: con Dios, con los otros hombres, con las cosas y consigo mismo; y de promover la justicia como una parte de la promoción humana esencialmente ligada a la evangelización.

## 12. **Conclusión: María Canta la Liberación Pascual de los Pobres**

Profunda inspiración evangélica y pascual ofrece el documento al concluir con el Magnificat, el cual presenta y entrega el modelo de María la Virgen Madre, como cantando la fe de los pobres, de los pequeños, a quienes han sido revelados los misterios del Reino: justicia, amor, paz y gozo en el Espíritu Santo (n. 97). En efecto, el "sentido de la fe de los pobres, al mismo tiempo que es una aguda percepción del misterio de la cruz redentora, lleva a un amor y a una confianza indefectible hacia la Madre del Hijo de Dios" (n. 97). Así, la Iglesia debe mirar siempre hacia ella para comprender en su integridad el pleno sentido de su misión evangelizadora, ya que ella, por la fuerza de su fe "es la imagen más perfecta de la libertad y de la liberación de la humanidad y del cosmos" (n. 97).